

dulidad, serán ingertos, porque Dios es poderoso para ingerirlos otra vez.»

Hé aquí, hermanos míos, las causas y graves fundamentos que deben inspirarnos un justo y saludable temor de perder la viña de la Iglesia, en que Dios nos ha colocado para obrar frutos de vida eterna. Si nuestros pecados pues son los mismos ó mayores que los de los judíos; si desconocemos y abusamos de los beneficios de su infinita bondad; si desatendemos su divina palabra é injuriamos á los ministros de ella; si léjos en fin de obedecer sus preceptos, crucificamos de nuevo á Jesucristo con nuestras culpas, ¿no deberemos temer ser envueltos en la desgracia de los judíos y de tantas otras naciones separadas de la Iglesia, y entregadas á un sentido réprobo? Y cuando no llegue á tal extremo nuestra infelicidad, ¿no deberemos temer, que irritado por nuestras culpas el Padre de familias, nos prive de su gracia, sin la cual no podemos obrar frutos de vida eterna, ni poseer su reino? *Auferetur à vobis regnum Dei... noli altum sapere, sed time... alioquin et tu excideris.*

Omnipotente y sempiterno Dios, Señor de toda bondad y padre de misericordia, apartád, os rogamos, vuestros ojos para no ver nuestras iniquidades. Nosotros hemos pecado, abusando de vuestra clemencia; no somos ya dignos de llamarnos hijos vuestros. Mas reconocemos nuestros yerros; los detestamos á presencia vuestra y de los ángeles tutelares de este templo; volvemos arrepentidos y con un firme propósito de no volveros á ofender. Nos arrojaréis, Padre nuestro? nos negaréis el perdón que pedimos humillados? Alentád vuestra esperanza, hermanos míos, y ratificád vuestra resolucion á los piés de Jesucristo, diciendo en lo íntimo de vuestro corazón: *Señor mio Jesucristo etc.*

## SERMON.

### POR LA CULPA NOS SOMETEMOS

#### Á LA ESCLAVITUD DEL DEMONIO.

PARA EL SABADO DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA  
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Facta est fames valida in regione illa... et adhæsit uni civium.*  
Hubo un hambre extremada en aquella tierra... y se acogió á uno de los ciudadanos.

*S. Lucas, c. 15. v. 14 y 15.*

Una de las mayores y mas extravagantes locuras del hombre es, dice el P. san Cipriano, creer que por medio de injusticias con sus semejantes y de ofensas directamente contra Dios ha de prosperar en esta vida, y adelantar ó mejorar de fortuna. Porque verdaderamente ¿no es Dios el autor soberano, el único absoluto dueño de todas las riquezas de la tierra? ¿No es perfectamente libre para repartirlas á quien quiera, del modo que le parezca mas oportuno y en el tiempo que mas le plazca? ¿No se halla adornado de suficiente poder, para colmar de bienes en un momento al pobre mas miserable, y reducir á una extrema miseria al rico mas opulento? ¿No está en su mano el realizar ó impedir los proyectos que con tanto estudio y reflexion forman sus criaturas? ¿No es atribucion exclusivamente suya el aumentar, disminuir ó frustrar del todo la fuerza y actividad de las causas segundas? Y siendo esto así, ¿cómo presume el pecador tenerle de su parte, y obligarle á que proteja sus inte-

reses, al propio tiempo que provoca con nuevos y mas horrendos desórdenes el rigor de su inexorable justicia? De otra suerte, esto es, si no cuenta con la proteccion de este Señor omnipotente, ¿en quién confía, ó de quién espera ser socorrido, para prosperar continuando en la carrera de sus desórdenes? Confiará acaso en su industria? Pero sin el auxilio divino no hay industria ni ciencia alguna. Será en su trabajo? Pero Dios puede impedirlo ó inutilizarlo de muchas maneras. Será en los bienes de fortuna que posee? Pero el infinitamente Poderoso tiene á su disposicion el fuego, el rayo, el pedrisco, la inundacion, la esterilidad y otros innumerables arbitrios, para privarle de ellos.

¿Quién diria al desventurado Pródigo, al salir de la casa de su padre, colmado de riquezas, de robustez y de gozo, que de allí á muy poco tiempo habia de verse reducido á la mayor indigencia, á una hambre rabiosa, á una debilidad extremada, á una desesperada infelicidad? No fueron sus riquezas presa de los ladrones ni del incendio; su salud no se debilitó en fuerza de enfermedades; ninguna desgracia le sobrevino de aquellas que repentina é impensadamente suelen sobrecogernos, precipitándonos de la cumbre de la fortuna al abismo de la miseria: el incendio solo de su pasion, el fuego de su lujuria, el ardor de su concupiscencia, el volcan de sus pasiones, sus desórdenes, en una palabra, fueron los que le hicieron gastar con los ídolos de sus placeres, con unas infames ramerías el fruto del sudor, del trabajo, del ingenio de su padre: la vileza de su ingratitude, la osadía de su rebelion, la desvergüenza con que abandonó la casa paterna, atrajo sobre sí la esterilidad, el hambre, la mas extremada pobreza, todos los males que son por lo regular resultados inseparables del crimen.

Tiempo es, cristianos, de conocer que el pecado es la causa de todos nuestros males. Y por si hay alguno que pueda dudar acerca de esto, me ocuparé en demostrarlo, pintando al mismo tiempo todo el horror de la esclavitud é ignominia á que se entrega el hombre, apartándose de Dios por la culpa.

Mi voz es sumamente débil, Señor, para atraer á vuestra santa casa á los hijos rebeldes, que se han apartado de ella á la opuesta region del pecado; la vuestra solo es capaz de penetrar hasta el interior de sus corazones, sin lo que jamas se resolverán á volver. Sea mi lengua el conducto por donde se difunda

esa voz omnipotente, como os lo pedimos todos por la mediacion de vuestra Madre. *Ave Maria.*

No afligirá Dios con hambre el alma del justo, dice el Espíritu santo (1). Por eso sin duda llamó el Apóstol al pecado raíz de amargura, incapaz de producir otra cosa que hieles; porque como lo aseguró el Señor en la primera maldicion fulminada contra él, sus frutos serán espinas, abrojos, sudor, hambre, cansancio y todo género de desventuras para el miserable pecador. Todas estas maldiciones se hallan reproducidas muy extensamente en el libro del Deuteronomio (2), que me detendria á referir, si no temiera seros molesto.

Pero no trato de haceros conocer los efectos del pecado por meras amenazas; quiero presentaros hechos históricos que no dejan la menor duda. Aterrados los habitantes de Jerusalem con la horrible esterilidad, con la peste devastadora, con las muertes continuas, con las guerras sangrientas, con los poderosos y encarnizados enemigos, y con las demas plagas que sobre ellos envió de golpe la Providencia, procuraron con ansia averiguar el origen, la causa de tan severo rigor por parte de un Dios que tanto los habia ántes privilegiado, y el profeta Jeremías se la indica en dos palabras. *Scrutemur vias nostras*, les dice (3): examinemos nuestras obras; veamos detenidamente nuestra conducta; miremos nuestras costumbres; y en su desarreglo, en la vileza de nuestra correspondencia, en nuestros desórdenes encontraremos la verdadera y única causa de tantas calamidades. Y ¿por qué no me será permitido deciros otro tanto en las actuales circunstancias? Os cansáis en vano, inútilmente os afanáis por buscar en otra parte el origen verdadero de la guerra devastadora que sufrimos. No lo busquéis en la ignorancia de uno, en la ambicion de otro, en la perfidia de este, en la malicia de aquel: *scrutemur vias nostras*; nuestros pecados son los que la han encendido, los que la fomentan, los únicos que nos hacen sentir sus funestas consecuencias. No atribuyáis la esterilidad que nos aflige á la escasez de aguas, á los hielos de la primavera, ni á los granizos ó nublados del verano: *scrutemur vias nostras*: nuestros desórdenes han esterilizado la fe-

(1) *Prov. c. 10. v. 3.* (2) *Deut. c. 28.* (3) *Thren. c. 3. v. 40.*

cuidad de la tierra y nos privan de sus frutos. No os persuadáis á que la presente necesidad, la inercia del Gobierno, la injusticia de los tribunales patrocinan ó excitan los robos, que reducen á la miseria á familias bien establecidas: *scrutemur vias nostras*: nuestros delitos, nuestras injusticias nos han merecido este justo castigo.

Sabéd, decia el P. san Basilio á los fieles de Capadocia, que se hallaban oprimidos de una calamidad muy semejante á la nuestra; sabéd, que solamente por los pecados con que ofendemos al Señor, han venido sobre nosotros tantos males. El hedor de nuestras culpas ha cambiado el temperamento de las estaciones, robando sus frios al invierno, á la primavera sus humedades, al sol sus calores, al cielo sus influencias, sin las cuales es necesario que perezca la tierra. No lo dudéis, concluye; el hambre, la peste, la guerra, todas las miserias que nos afligen, son plagas enviadas por el Dios de la justicia en castigo de nuestras culpas. Todos los males que sufrimos en esta vida, decia el P. san Jerónimo, no tienen otro origen que nuestro pecado. ¿Á qué vienen pues las maldiciones, en que á cada paso prorumpimos contra los supuestos autores de nuestra desgracia? Maldigamos á nuestro pecado, que es la única verdadera causa. Y ¿á qué el empeño de buscar medios naturales para eludir estos efectos de la divina justicia? Si no arrancamos su raíz, bien se nos puede decir lo que el angustiado profeta decia á la desventurada Jerusalem (1): *frustra multiplicas medicamina, sanitas non erit tibi*: en vano buscamos remedio para nuestra dolencia, pues todos serán ineficaces; nuestro mal no tiene remedio, es incurable nuestra enfermedad. Nos sucede precisamente, dice san Jerónimo, lo mismo que á los marineros que conducian en la nave al inobediente Jonas: acometidos de una tempestad borrascosa, y temiendo que se hundiera la nave, al ver que empezaba á sumergirse, la registran con el mayor esmero, por si habia alguna rotura por donde se introdujera el agua; mas no hallándola, se ocupan en verter la que despedian las olas. La nave sin embargo continúa sumergiéndose, de suerte que por aligerarla del peso, arrojan al fondo del mar las mercancías. *Frustra multiplicas medicamina, sanitas non erit tibi*: se les podria decir. Por mas diligencias que practiquéis,

(1) Jerem. c. 46. v. 11.

no cesará ni disminuirá el peligro: lo que excita esa tempestad furiosa, el peso que oprime la embarcacion, es solo el pecado de Jonas que vosotros ignoráis; y en tanto que este rebelde permanezca entre vosotros, en vano os fatigáis por evitar el peligro; esos recursos extraordinarios serán inútiles, no se apaciguará la tormenta, no se serenará el cielo: *sanitas non erit tibi*.

Mientras permanezca en nuestro corazon el maldito pecado, cuantos arbitrios discurramos, cuantos medios ejecutemos, á fin de preservarnos de la calamidad, todos serán inútiles, y tal vez perjudiciales, porque el Señor que nos la envía para nuestro castigo, frustrará todos nuestros designios, como nos lo amenaza por un profeta. Á pesar de vuestro trabajo en cultivar la tierra, se malograrán las cosechas; todo el esmero y diligencia que pongáis en criar los ganados, serán insuficientes para evitar que perezcan ó den en manos de vuestros enemigos; por mas que os empeñéis en ocultar vuestras alhajas y dineros, el mismo Dios lo descubrirá para que os lo roben; á pesar de vuestras oraciones y deseos continuará la guerra, el hambre, el latrocinio, la persecucion, todos los males: *sanitas non erit tibi*.

Sírvanos de ejemplo y escarmiento el rebelde Pródigo, cuya historia debe estar siempre presente á nuestra imaginacion. Gastó muy en breve las inmensas riquezas que su padre le habia dado, y acabó de consumirlas precisamente, cuando la region á que se habia retirado, era presa de una hambre cruel. Se halla por tanto comprendido en esta miseria, y el insensato no conociendo que se la envía el Señor en castigo de su ingratitude, de su rebeldía, de su torpeza, de su pecado, recurre á los medios ordinarios para evadirse de ella. Solicita el amparo de aquellas viles mujercillas que habian agotado su sustancia; mas estas viéndole pobre, le menosprecian, le insultan y le arrojan de su casa con la mayor ignominia. ¿Qué hará en este caso, hallándose solo, desamparado, destituido de todo humano socorro? ¿Recurrirá al cielo pidiendo perdon de sus pecados, que son los que le han conducido á tan lamentable situacion? Nada ménos que eso: confiado en su juventud, determina ponerse á servir, para ganar siquiera el sustento necesario á su conservacion.

Con efecto se acomoda en casa de un ciudadano, y este le

envía á una granja, para que dé principio á los trabajos á que le destina. Y cuáles os parece serian estos? Óyelo y avergüénzate, pecador: mírate en este fiel espejo; considera el verdadero retrato de tu vida y llénate de confusion. *Misit illum in villam suam ut pasceret porcos*: su ocupacion es guardar cerdos; oficio mas vil é ignominioso entre los judíos, que entre nosotros el de pregonero y verdugo. Guardar cerdos! Ay, infeliz! mira lo que has ganado con el abuso de tu libertad; considera el fruto que coges de tu independenciam; repara la honra y dicha que has encontrado al ausentarte de la casa de tus padres; observa el honor, la nobleza y la corona que has ganado para tu familia. Si algun dia el cielo te restituyese á tu casa, ¡qué regocijo, qué felicidad causaria á tus deudos y amigos el verte en tan dichoso estado! el considerar tu fortuna, tu grandeza, tu elevacion! ¡Con cuánta razon podrian aplicársete las palabras que el Señor dirigió á nuestro primer padre, viendo el estado lastimoso á que le redujo su fatal inobediencia: *ecce Adam quasi unus ex nobis factus est!* (1). Ya se vieron cumplidos tus deseos; ya eres feliz; nada tienes que envidiar á tus semejantes, pues has llegado á disfrutar el honor, la felicidad y la gloria á que pudieras aspirar: *ut pasceret porcos*. Quién le conoceria al verle ocupado en un ejercicio tan indigno? Cuál de sus parientes se dignaria hablarle? cuál de sus amigos le admitiria á su trato? ¿Quién no le tendria por ciego, loco, enteramente privado de juicio, al considerar que habia dejado el regalo, el honor, la abundancia y todas las comodidades en la casa paterna, por envilecerse y verse reducido á tal extremo de miseria é infelicidad?

El mismo juicio debe formarse de ti, miserable pecador. Tú has abandonado la casa de tu Dios y las riquezas que en ella disfrutabas; no has sabido apreciar el excesivo honor que te hacia reconociéndote por hijo; has resistido su gracia; te has negado á admitir su gloria. Desventurado! todo lo perdiste, por vivir á tu libertad, por buscar la independenciam. Consumiste la dichosa herencia que te concedió tu amoroso padre, viviendo en la sensualidad, en la lujuria, en todo género de torpezas. Los detestables ídolos de tu amor te dejaron en un momento pobre de virtudes, desnudo de buenas obras, destituido de la

(1) *Gen. c. 3. v. 22.*

divina gracia; y tú temerario, en vez de reconocer la necesidad que tenias de volver á la casa de un padre tan amoroso, te agregaste al servicio del demonio, de la criatura mas vil y despreciable, del mayor enemigo de tu padre y de ti mismo. En semejante situacion te has trasladado á la region mas apartada de tu Dios, que siendo inmenso por naturaleza, solo en ese lugar de horror deja de habitar; en cuya casa no puede fijar su vista penetrante, siendo infinita su comprension; cuya pestilencia le rinde y derriba, siendo infinito su poder; cuyo hedor le es insufrible, á pesar de ser infinita su paciencia. Ahí estarás enteramente libre de sus duros preceptos, de sus consejos intolerables, de sus enfadosas reprensiones: ahí experimentarás el inmenso placer que resulta de ser el hombre absoluto dueño de sí mismo, y la inefable delicia que produce el ejercicio tan deseado de la libertad y de la independenciam. Alégrate, regocíjate contemplando tu hermosura en este clarísimo espejo. Conseguiste por fin sacudir el yugo y sustraerte de la obediencia de tu Dios. Mas, ó insensato! que por no sufrir el imperio suavísimo del padre mas tierno y amoroso, te has hecho vil esclavo del tirano mas cruel. Compara por un instante la bondad de Dios con la malicia del demonio; el amor con que dió por ti su vida el primero, con el odio que el segundo te profesa, y por el que desea tu perdicion; la ternura con que aquel te llamaba, con el desprecio que este te manifiesta; el honor excesivo que te dispensaban los ángeles en la casa de tu Dios, con la vil ignominia á que ahora te sujetas por servir á los animales mas inmundos.

*Ut pasceret porcos*: este es el empleo á que destina el demonio á todos sus esclavos, á todos los pecadores. Así paga y agradece los servicios que le hacen con pérdida de una felicidad, de una gloria eterna: así recompensa el improbo trabajo que se toman por darle gusto: así les cumple las halagüeñas promesas que les hace en el tiempo de la tentacion; destinándolos á apacentar y guardar cerdos. Y ¿quién es el necio que espera otra cosa del padre del error, del engaño y de la mentira? ¿Quién es el insensato que supone recibir otra recompensa del autor de todas las injusticias? ¿Quién es el atolondrado que pretende otros honores del príncipe de la ignorancia? *Ut pasceret porcos!* Ah desventurado pecador! ah indigno cristiano! ¿Eres tú aquel mismo, que para salir de tu primitiva vileza, hi-

ciste bajar á la casa de tu alma la hermosura de los cielos, la nobleza de los ángeles, la majestad del Criador? ¿Eres tú aquella criatura, tan amada, tan ennoblecida, tan privilegiada del Señor, que causaba envidia á los ángeles de la gloria? ¿Eres tú el que poco hace gozabas la incomparable dicha de sentarte á la mesa con los hijos predilectos de Dios? Imposible es que te conozcas á ti mismo, pues perdiste con la culpa la luz, la razon, el conocimiento, el sentido, el juicio; todo lo perdiste: *consumpsit substantiam suam*. El nuevo tirano te ciega; los compañeros de tus desórdenes te engañan; los viles aduladores fomentan tu locura aplaudiendo tus excesos; pero el Redentor, desconociéndote por hijo suyo, parece que se avergüenza de haber derramado por ti su sangre preciosa; el ángel destinado á tu custodia, huye con precipitacion al verte tan envilecido; las almas justas, compadecidas de tu miseria, la lloran incesantemente; los mismos que te adulan en tu presencia, te desprecian en su corazon; el príncipe de las tinieblas se burla de tu necedad, y cuanto mas le sirves, tanto mas te abate, te infama, te deshonra y llena de ignominia. Aún el mismo Dios, que ama tan de veras al bruto habitador de las selvas, al gusanillo que arrastra por el suelo, al grano mas pequeño de arena, al átomo mas imperceptible é informe, te aborrece á ti considerando tu indignidad. Los justos apreciadores de la virtud, que admiten en su trato con indecible gusto al pobre mendigo, al triste enfermo, al esclavo miserable, huyen de tu compañía y se consideran degradados al dirigirte la palabra. El tirano, á cuyo servicio te has sujetado, te desprecia como debe, posponiéndote á los mismos cerdos que te hace guardar, dándoles á ellos el alimento con abundancia, y privándote á ti, á pesar de verte morir de hambre, hasta de comer una sola bellota de las que á ellos les sobran. Tú solo desconoces tu afrenta, tu vileza, tu desgracia. Más ignorante é irracional que los cerdos, te revuelcas con ellos en el lodazal de la lascivia, de la soberbia, de la avaricia, de los mas feos y enormes crímenes, y sin probar el alimento vives tranquilo, gustoso y te consideras como el mas feliz de los mortales. ¡Maldita sea mil veces tal felicidad, tan funesta locura, tan lamentable tranquilidad, tan abominable gusto! ¿Cuándo ha de llegar el tiempo en que salgas de tan vergonzosa estupidez? ¿Es posible que no te acuerdes de la nobleza, de las comodidades, del bien que gozabas en la gracia de

tu Dios? Mira, mira cuán de veras llora tu ausencia: despierta de ese fatal sueño, sál de ese letargo mortífero, vuelve en ti de esa locura, y mira cuán vivamente penetrado de dolor está su corazon por haberte perdido. Mira sus piés lastimados y vertiendo sangre, su cuerpo fatigado y caído en tierra hasta tres veces por buscarte: mira su hermosura, desfigurada con el sudor y el polvo, oscurecidos sus ojos con el llanto, secas sus fauces y enronquecida su voz en fuerza de las muchas voces con que te ha llamado, y acabada su vida con el sentimiento que le ocasionas negándole á responderle. Qué! no estás acostumbrado á verle abatido hasta tal punto? ¿Le desconoces, viéndole tan afrentado, tan herido, tan inhumanamente muerto? Pues de ahí puedes inferir, y en eso mismo debes reconocer la obra de tus manos desventuradas. Observa la corona tan esclarecida que has colocado sobre su cabeza, el cetro tan magnífico que has puesto en sus manos, la noble púrpura con que le has vestido, los dulces y exquisitos manjares con que le has regalado, el honor excelso con que has exaltado su nombre y persona, la gratitud con que has pagado sus beneficios haciéndole morir en el cadalso mas infame.

Ó Dios de la majestad! ¿Es posible que solo porque yo temerario me sujete al servicio de Satanas, despues de haber desperdiciado las inmensas riquezas que generoso me concedisteis, hayáis sufrido tan crueles tormentos? ¿que porque yo he querido envilecerme hasta el punto de apacentar los cerdos de mis inmundas pasiones, hayáis vos padecido una muerte tan afrentosa? Y despues de unas injurias tan enormes ¿aún tenéis paciencia para sufrirme? aún me conserváis el amor de un padre cariñoso? aún queréis perdonarme y me ofrecéis vos mismo el perdon? Y yo vivo sin arrepentirme? y yo tengo la osadía de continuar ofendiéndoos? y yo tengo entendimiento y no me decido á pedirlos perdon? Ojalá, Dios mio, que mi dolor pudiera deshacer lo hecho! ¡Ojalá que mi arrepentimiento sea bastante á reparar tan atroz injuria! ¡Ojalá que mis lágrimas sean capaces de mitigar vuestros crueles dolores! No os acordéis, Señor, de mi locura; mirád solo mi arrepentimiento. Ya reconozco la causa, la única causa de todos mis males: mi pecado los ha atraído sobre mí. Mis repetidos crímenes han armado vuestra diestra, para entregarme al mas infame tirano, para abandonarme al oficio mas vil é ignominioso, para dejarme cor-

rer á la infeliz region de todas las desgracias. Solo mi pecado...; mas ya lo detesto de corazon; ya me reconozco como el Pródigo; ya vuelvo á vuestra casa como él á la de su padre. Acogédme, Dios de piedad, tan amorosamente como aquel fué acogido, para que dentro de poco celebre en vuestra compañía el convite que solo puede saciar mi hambre, conservar mi alma feliz por la eternidad. Amen.

## PLÁTICA

### DE LA CONTRICION.

PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA (1).

(DE CHEVASSU.)

*Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum.*

Jesucristo estaba lanzando á un demonio que enmudecía al hombre que estaba poseído de él.

*S. Lucas, c. 11. v. 14.*

Este demonio, que causaba la mudez del que estaba poseído de él, es una imágen bien palpable, que Dios expone á los ojos de los hombres, para hacerles conocer el efecto espiritual que este espíritu de malicia causa en las almas, con mucha mas frecuencia que aquel que causa en los cuerpos; y así en medio de encontrarse muy pocos que tengan ligada la lengua del cuerpo por obra del demonio, se encuentran por el contrario muchos que tienen atada la lengua del alma por sus impresiones. No se ve otra cosa mas á menudo que estos mudos espirituales, sobre todo en este tiempo en que la Iglesia nos manda hablemos á sus ministros para utilidad de nuestra conciencia. Los mayores habladores son por lo comun los mas mudos, cuando se trata de confesar sus pecados. No obstante, por faltar á esta obligacion, se cae en manos del demonio con mas frecuencia que por otro cualquiera delito, porque como este inmundo espíritu fué el primero que juntó al pecado la impenitencia, vino por este medio á hacerse señor de los impenitentes. Jamas ha querido el

(1) Sobre la incontinencia se halla un sermón para este día en la pág. 443 del tomo segundo de los de *Mision*, y de la contriccion hay otro, tambien de Chevassu, en la pág. 35 del tomo cuarto.